

CAMINO ESTRECHO

DE LA SALVACION.

Quam arcta via est, quae ducit ad vitam.
Cuán estrecha es la senda que conduce á
la vida eterna.

(*Matth. vii, 14.*)

El Evangelio de Jesucristo es superior á la razon: sin embargo, puede decirse, que no hay cosa mas razonable. Nada oculta, á nadie adula. Lo fácil lo representa como fácil, y lo dificultoso lo propone como tal, sin endulzarlo con falsos y engañosos lenitivos.

Esto mismo vemos en él por lo que mira á la salvacion. En una conducta ordinaria no se descubren, desde luego, á un hombre todos los obstáculos que podrian desviarle de una empresa, antes al contrario, se le oculta una gran parte, por no aturdirle en los principios con la dificultad, y porque no desfallezca su corazon. El Evangelio no usa de estas reservas en lo que mira á la salvacion, pues explica sin disfraz, y nos pone desde luego delante de los ojos, que la salvacion es una cosa que pide los mayores esfuerzos. Esto es lo que voy á demostraros. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nada omitió nuestro Salvador para darnos á entender, cuán estrecho es el camino de la salvacion. Mil veces insistió sobre este punto: y entre todas las verdades evangélicas, en ésta, parece, que puso mayor cuidado para que nos instruyamos á fondo. A este fin la repitió muchas veces, y se valió de figuras y palabras diversas para explicarla en toda su eficacia. Si habla del camino de la salvacion, no se contenta con decir, que es estrecho, sino que por una expresion, que aun en un hombre Dios da á entender alguna admiracion, exclama: *¡Oh cuán estrecha es esta senda!* *ΜΑΤΤΗ. VII, 14.* Si habla del

reino que su Padre nos ha preparado, y cuya posesion no es otra cosa que la salvacion, nos advierte y dice, *que no se alcanza sino á viva fuerza.* *ΜΑΤΤΗ. XI, 12.*

Si para darnos alguna idea sensible de esta salvacion, usa de alguna comparacion, nos la hace concebir como un suntuoso edificio, que cuesta sumas inmensas el fabricarlo; como un tesoro escondido, que no se halla sino á fuerza de remover y profundizar en la tierra; como una piedra preciosa, que no se compra sino á costa de deshacerse y de vender todo lo que se posee; de una cosecha abundante, que no se recoge sino despues que, por una incesante tarea, se ha cultivado el campo del padre de familias; como un gran jornal, que no se recibe sino por la tarde, y despues de haber llevado el peso del dia y del calor; como una gran recompensa, pero ¿de qué? de un gran fervor en la práctica de las virtudes y religion cristiana, y de un celo semejante á una sed y hambre canina; de un despego de todo interés temporal y humano; de una pureza de alma y de una inocencia de costumbres exenta de las manchas más leves; de una penitencia austera, de una mortificacion enemiga de todas las comodidades, y de todos los gustos y placeres; de una suavidad y dulzura, que nada turba ni altera, antes todo contribuye á mantenerla en su paz interior; de una caridad benéfica y del todo misericordiosa, dispuesta siempre á adelantarse al prójimo, á aliviarlo, á ayudarlo y socorrerlo; de una paciencia inalterable en los males de esta vida, y aun en medio de las persecuciones y maldiciones. Este es un compendio de las doctrinas, que Jesucristo nuestro director y maestro nos ha enseñado con sus ejemplos y palabras sobre el negocio de la salvacion. Este es el camino que nos ha abierto, y no hay otro alguno, ni le habrá jamás.

Así, pues, conocemos muy bien las muchas espinas de que está sembrado este camino, y lo difícil que es el emprenderlo, especialmente en la extremada flaqueza en que se halla nuestra naturaleza corrompida. Por esta razon el mismo Hijo de Dios no nos dijo simplemente: *Entrad en este camino, sino esforzaos á entrar por él.* *LUC. XIII, 24.* Excitaos, animaos, y cobrad á cada paso nuevo valor, para avanzaros y perseverar en él. Del mismo modo nos hablan los apóstoles; pues, en todas sus epístolas no nos predicán otra cosa, que el huir del mundo, el retiro, el recogimiento interior, la desconfianza de nosotros mismos; la penitencia, la enajenacion, una guerra continua del espíritu contra la carne; la mortificacion de todos los apetitos desordenados, y de todos los deseos del siglo. Por mucho que se queje y murmure la naturaleza, los escogidos de Dios jamás se han hecho ilusiones

acerca de este punto, ni han imaginado camino más suave por donde creyesen poder arribar al dichoso puerto de la salvacion.

2. Pero me dirán, que es muy estrecha esta doctrina. ¿Quién lo duda? Convenimos en ello: y en que cuando la anunciamos y predicamos, no usamos de rodeos ni circunloquios; y nos hallamos preparados á predicarla en público como se nos ha mandado. Pero no obstante su severidad, siempre se mantiene y se mantendrá esta doctrina del mismo modo que nosotros la hemos recibido. Es verdad, que todo esto es riguroso; pero no es ménos cierto, que por más riguroso que sea, no nos es permitido el quitar ó rebajar algo de ello; y no es ménos cierto, que cualquiera que rehuse sujetarse á todo esto, se halla en el camino de la perdicion, y que no hay salvacion para él; ni es ménos cierto, que el pretender moderar todo esto, y explicarlo con interpretaciones favorables á nuestra codicia y sensualidad, es engañarse á sí mismos, y engañar á los otros; y engañándose unos y otros, unos y otros se condenan. A esto nada puede contestar persona alguna, que tenga algun conocimiento de la doctrina cristiana: y así como las puertas del infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia de Jesucristo, puedo yo añadir, que todas las astucias y artificios, y todos los pretextos de nuestro amor propio, jamás prevalecerán contra estos principios evangélicos, y contra las estrechas leyes, que por ellos se nos imponen. *El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de Dios no faltarán*, MATTH. XXIV, 35, nos dice el Señor. Por lo cual, viniendo el Salvador á habitar con nosotros, nos dijo: *No he venido á traer la paz, sino la guerra*. MATTH. X, 34; vengo á enseñaros á vencer todos los enemigos de vuestra salvacion, y, sobre todo, á enseñaros que debéis vencerlos á vosotros mismos. No esperemos mudar este orden de la divina sabiduría; pensemos en mudarnos á nosotros mismos para conformarnos con ella.

Pero, me preguntarán; ¿quién podrá salvarse? ¿Quién podrá? Solo aquellos que practicaren el Evangelio. Dirán todavía más, y me preguntarán; ¿quién podrá practicar este Evangelio, cuya doctrina es tan pura, y cuya perfeccion tan elevada? ¿Quién podrá? Aquellos, que con una voluntad firme y constante, ayudada de la gracia de Dios, tomaren eficazmente esta determinacion. Pero no contentos todavía con esto, me preguntarán, en fin, ¿quién podrá determinarse á una vida tan ajustada y de tanto trabajo como nos prescribe el Evangelio? ¿Quién podrá? Aquellos que, por una sólida y frecuente reflexion, se hallaren convencidos del interés y de la importancia de su salvacion. Este es el resorte que moverá todas las potencias de nuestra alma; este es, despues de la gracia del Señor, el primer

móvil de donde recibiremos aquellas grandes impresiones, á que no hay cosa que pueda resistir; de tal suerte, que sea de la condicion que quisiere el combate que haya que mantener, y el nudo que haya que romper, cualesquiera que sean los embelesos que nos presente el mundo para halagarnos, nada nos moverá, en adelante, nada nos hará titubear ni detener, porque nada habrá en nuestra estimacion que se pueda comparar con la felicidad incomparable de salvarnos.

Expliquémonos con un ejemplo familiar. Pégase fuego á una casa, arde por todas partes, se comunica por todos lados, de suerte, que llega á ser general el incendio; en estas circunstancias, cada uno piensa en salvarse, todos huyen, y cada cual sale por donde puede. Hállase en la tal casa un hombre sumergido en un profundo sueño, y que no conoce el peligro en que se halla de ser abrasado y perecer; acuden á él, le despiertan, abre los ojos, y ve su cuarto ardiendo. ¿Qué es lo que hace al instante? ¿Se pone á pensar si escapará de allí ó no? ¿Se detiene á considerar si le será fácil huir? No, por cierto; porque se deja llevar del verdadero y eficaz deseo de librarse, que no da lugar á estas reflexiones; y para salir del riesgo que corre su vida, se arroja, si es menester, por una ventana, ó atraviesa por medio del fuego, si no halla para escaparse otro arbitrio. De suerte, que, por evitar un peligro, se mete en otro; y para librarse de una muerte, que le amenaza, se expone á mil muertes sin reflexion alguna. ¿Y de qué nace este ardor, esta intrepidez, esta resolucion? De que en ello le va la vida, y que entre todos los bienes de este mundo no hay cosa de mayor precio, porque sabe que la vida es el fundamento de todos los bienes y de todas las riquezas temporales.

Bella imágen por cierto de un cristiano, que despierta del letargo y descuido en que estaba acerca de su salvacion, y que despues de haber considerado el fundamento, el peligro, y todos los estorbos, y lo que de ellos se puede seguir, empieza á conocer la infinita importancia de su salvacion. Hállase en medió del mundo como en medio de un gran fuego, en que arden las pasiones que consumen el corazón; en que hay máximas falsas, que corrompen los ánimos; objetos lisonjeros, que hechizan los ojos; impúdicos deleites, que entorpecen los sentidos; ejemplos que arrastran, ocasiones que admiran; discursos licenciosos, escándalos públicos, groseros intereses, injusticias enormes; encenagamiento en las malas costumbres, esclavitud en el respeto humano, exceso en los vicios, profanacion de los lugares mas santos; abusos, impiedades, sacrilegios y otras muchas cosas que omito, por no ser demasadamente molesto. ¿Cómo, pues, nos podremos defender de este contagio derramado por todas partes, y poner-

nos á cubierto? ¿Cómo podremos asegurar nuestros pasos y salvar nuestra alma sobre un fundamento que amenaza ruina? ¿Cómo? Obrando como cristianos ilustrados de la divina luz, y fortificados con la gracia de Dios. Pues basta que uno tenga impresa en su memoria la grande excelencia de la salvacion, y que haya conocido su grande precio; porque miéntras se halle ocupado de este pensamiento, miéntras le haga impresion, y le renueve muchas veces para mantenerle y conservarle, me atrevo á decir, que se hará invencible, y que no habrá cosa que le pueda turbar. Porque reprimirá las pasiones mas violentas, destruirá las costumbres mas arraigadas, resistirá á todo respeto humano, al ímpetu de la costumbre, á la carne y á la sangre, á los objetos mas viciosos, y á los deleites mas atractivos. Se entregará á los ejercicios de la virtud y de la religion, sin omitir alguno, ni por desprecio, ni por flojedad, ni por el vano temor del qué dirán, ni por trabajo alguno.

3. ¿Por ventura los trabajos y penas han aturrido ni admirado á tantos solitarios que se han ido á las selvas, y se han retirado á las cuevas mas oscuras? ¿Han atemorizado á tantos religiosos, que se han encerrado en la oscuridad del claustro y sus estrecheces, y se han sujetado á todas sus austeridades? ¿Han atemorizado á tantas vírgenes cristianas, que han sacrificado todas las delicias de su sexo, y abrazado la mortificacion y cruz de Jesucristo? ¿Han aterrado á tantos mártires, que se han sacrificado como víctimas entregándose á los tormentos y penas? No por cierto, no les han aterrado, ni nos deben aterrar á nosotros, porque, tanto como á ellos, nos importa la salvacion, cuya esperanza les daba esta fuerza superior y victoriosa; por lo que debemos estar siempre dispuestos, si es necesario para alcanzarla, á pasar por los mismos suplicios y sacrificios que pasaron ellos. Pero ¿nos hallamos nosotros en tan buena disposicion? Y cuando digamos que sí; ¿se nos podrá creer, viendo que cedemos tan vergonzosamente y con tanta presteza á las menores dificultades? Porque no ménos que el mundo está por todas partes lleno de baladrones, que, al verse fuera del peligro, se prometen una maravillosa fortaleza, pero se rinden en llegando la ocasion. ¡Admirable contradiccion de nuestro siglo! Pues como el hablar y el dar lecciones á otro nada cuesta, jamás en las conferencias, en las palabras y en las lecciones morales se ha estrechado más que ahora el camino de la salvacion; pero jamás se ha ensanchado más en las obras y en la práctica, porque las obras son las que cuestan, y su práctica la que mortifica. Y así, no intentemos estrecharle con un rigor tan desmesurado, que hagamos impracticable este ca-

mino; pero ni tampoco allanarle ni ensancharle por medio de una demasiada relajacion, á fin de quitar todo el mérito y severidad; porque, lo primero, nos conduciría á una desesperacion importuna, y, lo segundo á una confianza engañosa. Tomemos el medio justo del Evangelio; y sin dar en uno ni otro extremo, acordémonos, de que no es tan estrecho el camino del cielo que no se pueda ir por él; pero al mismo tiempo hagámonos cargo, de que es bastante estrecho, y que necesitamos de todo nuestro valor y constancia, y de ejercitar toda nuestra virtud y fervor para emprender este camino.

Sin embargo, para consuelo de aquellos á quienes el deseo de su salvacion obliga á seguir este camino y adelantarse en él, debo añadir (y á esto puedo llamar milagro de la gracia), que la experiencia de muchos siglos, desde que Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, se dignó honrarnos con su presencia, ha dado á conocer, que no obstante lo ágrío de este camino, se hace tanto más dulce y llevadero, cuanto ménos se buscan en él la suavidad y dulzura, y cuanto con ménos reparo y reserva se sujetan los cristianos á sus austeridades y martirios. Y ¿cómo es esto? Solo las almas, que pasan por ello, nos podrán instruir en este particular; ó, por mejor decir, este es uno de aquellos secretos de que decia S. Pablo, que no es permitido á hombre alguno el explicarlos. Pero, en medio de ser tan reservado é impenetrable este misterio, no es ménos real y verdadero. Porque de cualquiera manera que le queramos tomar, en cualquiera sentido que le queramos entender, es indispensable y necesario que se cumpla la palabra de Jesucristo; porque es una palabra divina, y por consiguiente infalible. Habiéndonos, pues, dejado dicho este adorable Maestro, que es suave su yugo, y su peso ligero, y convidándonos á cargar con él, prometiéndonos, que hallaremos en él la paz, no puede dejar de ser. Estas voces, de *yugo y peso*, denotan dificultad y pesadez: pero con toda su pesadez se hace ligero este peso y suave este yugo, con solo saber, que este es el yugo y peso del Señor; porque deramando sobre él la gracia todos sus consuelos, no hay cosa tan pesada y amarga cuya pesadez y amargura no suavice esta dulzura celestial, y, por consiguiente, no la haga llevar con una santa alegría.

Tal es el cambio que la gracia obra en una persona, que se halla admirada, ó, por mejor decir, no se comprende á sí misma; pues los sentidos, que se rebelaban y apenas se persuadian, que pudiesen dar un paso á la primer vista del camino estrecho de la salvacion, desde el instante que entraron en él con una firme confianza, las espinas se han convertido en rosas, y los caminos más fragosos en llanos.

Entrad con intrepidez en este camino, amados oyentes, y vereis

como las espinas se convierten en rosas. Bendecireis una y mil veces esta resolucion de marchar por él, porque el Señor os dispensará grandes consuelos, y, por último, os hará participantes de su misma felicidad en el cielo, que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CAMINO ESTRECHO Y ANCHO.—Preparar el camino al Señor, es retraer á los pecadores del camino ancho.

Preparar el camino al Señor, es poner á los pecadores en el camino estrecho.

CAMINO ESTRECHO Y ANCHO.—El camino estrecho, ó sea el camino de la salvacion, es el más fácil de encontrar y el que se presta más á extraviarse.

El camino ancho, ó sea el camino de perdicion, es el que más fatiga, aunque se anda por él con mayor complacencia.

Véase: SALVACION.

CAMINO DE LA CRUZ

Ó VIA-CRUCIS.

Eceamus ad eum extra castra, improprium ejus portantes.

Salgamos á él fuera de la ciudad, sigámonse cargados con su improprio.

(Hebr. xiii, 13.)

Una de las devociones más excelentes, y que más eficazmente contribuyen á nuestra santificacion, es la conocida con el nombre de *Via Crucis*: devocion moderna, si se considera en su forma, pero tan antigua como el cristianismo, si se estudia en sus motivos, y cuya propagacion tan rápida como universal en las diversas iglesias del mundo cristiano, puede considerarse como una grande y tal vez última manifestacion de la divina misericordia en nuestros tiempos de frialdad y de indiferencia: devocion la más rica en enseñanzas, en consuelos, en frutos de gracias y de virtudes, en toda suerte de bendiciones espirituales: devocion propia y singular, que está al alcance de las almas más sencillas, sin dejar por esto de ser muy digna de los espíritus mejor cultivados; que conviene á toda edad, á todas las situaciones del alma, á todas las condiciones sociales; á los niños, cuyo corazon tierno y sensible se abre tan fácilmente á las piadosas impresiones que excita la vista de la inocente Víctima, padeciendo y muriendo por nuestros pecados; á los ancianos, que tienen tanto que llorar por los extravíos de su juventud, y cuyos ojos enjutos no encontrarán un manantial de lágrimas para borrarlos, sino en la contemplacion de las llagas de Jesucristo; á los hombres maduros de todas las clases, que tan poco oran, porque muchas veces no saben orar, y que deben agradecer sobremanera se les ofrezca un método sencillo y fácil de cumplir con perfeccion este deber importante; á las doncellas y á las madres, que al parecer recibieron de las mujeres de